

## CUENTO

## UN PACTO CON EL DIABLO

**Dr. Enrique Garcés F.**

Dionisio tenía 12 años de edad y sexto grado de Escuela. Vivía con su madre en una casa colonial de 5 patios y los retratos de los bisabuelos, abuelos y padre, como el adorno máspreciado de su pequeña sala. Los apellidos de Dionisio no hacen falta repetirlos.

Cruzado un carril de larga correa, todas las mañanas descendía por las escaleras estrechas y oscuras que le conducían desde un tercer piso a la calle. Allí, en grupo con sus compañeros, esperaba el autobús de servicio público que lo llevaría desde el populoso barrio de "la Loma" a la Escuela de los Hermanos Cristianos, en el centro de la ciudad. Todas las mañanas se encontraban con un pueblo de niños que habitaba su casa y el barrio entero. La pobreza aumentaba en cada pasillo y vericuetos de esa "casa comunal".

Había cientos de historias, desde la propia de él -hijo de una modesta secretaria, viuda ya hace tiempo, hasta la de ciertos limosneros que tomaban el umbral de la puerta de calle como dormitorio.

La Escuela empezaba a las 7 a.m. y terminaba a las 3 p.m.

A la vuelta, siempre halló a la "Loma" tornada en una gran familia. La "comadre" Rosario vendiendo carne y contando su dinero. "Doña Miche", vecina costurera, que perdió un hijo y abrió su casa para dar a los niños chocolate. "Don Jorge", tendero de la esquina que los perseguía con palos y piedras porque se le reclamaba que el pan que vendía era muy caro.

Al reclamo respondía con insultos. Al insulto un coro de voces le gritaba "Jorjón, Ojón, Patón, Narizón, Bocón, Egoísta y Avarón". Entonces venían los palos y, desde luego las carreras.

La calle se convertía en cancha de fútbol, e inclusive había un equipo perfectamente organizado, con camisetas, zapatos, medias, etc. El "tiburón" Martínez era su capitán. El "zurdo" Rojas el centrodelantero y el "gorgojo" Serrano un estupendo defensor. Sólo darles la mano o tocar su camiseta era un verdadero honor. Sobre todo, la de su capitán.

Por la noche, teatro de aficionados, juegos de marros, rayuela, ronda, "arroz con leche me quiero casar". "Matantirun ti run la". "Ese oficio no me gusta". "Ese oficio sí me gusta"....etc. etc.

Y el amor. A Dionisio nunca le faltó el amor, lacerante, incomprensible. "Mamá, siento deseos inmensos de estar sólo con Rosita, esa niñita del primer patio, con ojos tan hermosos... Mamá, estaré empezando a querer...?"

Y, por fin, el telón del sueño sobre el barrio. Uno a uno iba desfilando.

Nunca se supo cuántos eran, quiénes eran y cómo eran. La noche caía y comenzaban a oírse los gritos bohemios. Al final, salían los fantasmas y leyendas. Dionisio, para entonces, dormía plácidamente.

Terminó el año escolar y, ese día, su madre frente a la lectura del libro de calificaciones, le decía:

- "Dionisio, Excelente.- Primer Puesto". "Qué emoción, hijo mío".- Y depositó un beso grande y fresco en la frente. "Hoy irás conmigo al Teatro Sucre para ver a Fu-Man-Chu". Dionisio sintió orgullo y se lanzó a los brazos de la progenitora.

## Un Pacto...

Rosita, la de los ojos tristes y hermosos supo con anterioridad y como todavía no sabía besar le entregó una flor. El "tiburón" Martínez también lo supo y como no tenía otra cosa que ofrecer, le ofreció el cargo de Masajista del equipo.

"Fu-Man-Chu", decía "El Comercio", es un mago de cualidades excepcionales, suficientes para atraer a todos los públicos. Ha firmado un Pacto con el Diablo. Todo su poder lo debe a él. Asista y espántese con este endemoniado. Precio 15 sucres". En el lado derecho del anuncio se veía su foto. Vestía Smoking, buche inglés y capa larga negra, con fondo rojo, atada por detrás de los hombros. Sus ojos penetrantes parecían salirse del papel, cobrar vida por sí mismos y adentrarse en el fondo del alma. Dionisio los sintió así.

Preso de intensísima emoción se fue a la calle pues le tocaba masajear al "Tiburón". En su bolsillo, a más del mentol, el trompo, las bolas de cristal, estaba el recorte del mago de ojos penetrantes. Sentía al diablo en el bolsillo, pero, sin duda, la sola presencia del "tiburón", primer arquero del barrio, le tranquilizaría. Y así fue....

Vinieron el baño, la camisa nueva, la corbata de pajarito, el pantalón corto y, desde luego, el trompo y las bolas de cristal. También el retrato. Quemaba como brasa caliente y parecía hablar desde el bolsillo. "Amigo, Amigo, nos veremos". Una sensación de mariposas en el estómago. Un escalofrío punzante. Fu-Man-Chu, debe ser un hombre muy malo. Un pacto con el diablo... Es decir es Satanás. Pero ¿Porqué le dejan presentarse" ?

En todo caso estaba con su madre. Nada pasaría. Fueron caminando por la populosa calle. "Hola, comadre Rosario", Hola "Jorjón", "Ojón"..., Hola Doña Miche". Un gran helado de naranja tranquilizaba su espíritu...

El Teatro estaba imponente. Las luces prendidas a medias lanzaban bocanadas de una débil claridad. Las butacas crujían con chirridos roncós al impulso de la mano de los acomodadores. Cientos de cabezas movíanse con vaivenes de brisa entre las hojas y un murmullo seco como el agua se escuchaba en el ambiente.

Al frente, el telón con los ángeles resbalando de las nubes. Era una nube por sí misma coloreada de ángeles, interpuesta entre el hombre endemoniado y el auditorium impaciente. Un agujero redondo miraba y miraba a las butacas.

Los ángeles le serenaron y le hicieron pensar en Jesucristo. Su corona de espinas taladrando la cabeza; su mirada melancólica de viajero perdido; la tez pálida con la sangre seca. La mano de su madre le apretó coriñosamente y volvió a la realidad.

Sonó la primera campanada. La segunda. Aumentó el silencio. Su madre se puso los anteojos y el señor de a lado dobló el periódico y cruzó los brazos. Y la Tercera... Se levantó el telón...

Ahí estaba Fu-Manchu. Alto y huesudo. Con la elegante capa caída por los hombros. Smoking negro. Corbata blanca de lazo que cubría la pera. Zapatos negros y brillantes. Chaleco diminuto con botones dorados. Manos ágiles y dedos extremadamente largos. Buche inglés. Ojos vivos y más penetrantes aún que el recorte de "El Comercio", o los cartelones colgados en el Teatro Sucre.

## Un Pacto...

Se desabrochó la capa; se quitó el sombrero y frotándose las manos saludó al público.

Desde ese momento, casi sin hablar, transformó un vaso de agua en leche; recortó una corbata en mil pedazos y los enteró nuevamente con un simple soplo de la boca; tomó el sombrero y sacó mil pañuelos de colores; extrajo un huevo de gallina y hasta un conejo blanco de orejas caídas; se tragó una pelota de golf y al rato apareció en uno de los bolsillos de su pantalón; cortó en dos pedazos a una señorita; durmió a cuanto expectador pasaba al escenario y entre una salva de aplausos se fue como había venido. Súbitamente. Misteriosamente...

Esa noche para Dionisio fue inolvidable. Silencioso y con la vista caída se formuló preguntas y preguntas. ¿Acaso es Satanás?.. Por qué un Pacto con el Diablo?.. Por qué no puedo hacer yo un Pacto con Jesucristo?. Es mas sano y hermoso?... ¡Hoy mismo lo propondré!... Yo no sacaré conejos. Repartiré en su nombre muchas cosas que hacen falta a las gentes que conozco. A rosita le daré muñecas y un vestido rosa para que vaya al cine. Al papá del "tiburón" le curaré la pierna para que pueda trabajar. A la vecina Miche, le devolveré su hijo muerto para que no lllore tanto. A Don Jorge le curaré las rabetas. A los limosneros les daré casa. Y, a todo quien algo me pida, algo le concederé.

Con ese pensamiento, tomó el rosario de su bisabuela y un misal blanco de oraciones y empezó a rezar.. Siguió rezando y propuso sacrificios, penas y penitencias para convertirse en mago bueno. Quería hablar con Cristo, pero si no era con él, con alguien. Debía convencer y transmitir tal loable propósito. Ofrecía tanto y nada recibía... El alba lo encontró ojeroso, cansado y sin respuesta o Pacto... La mañana dolorido... Pasaron los días. Se sucedieron los meses. Todo igual...

Le habían quedado los ojos grandes y oscuros de Rosita que se volvían más tiernos cada instante y, desde luego, el cargo de masajista en el equipo del "Tiburón". Le servía para curar la piel irritada del arquero, o del "zurdo" Rojas o del "gorgojo" Serrano, quienes por su clase eran siempre objeto de golpes y moretones. Entonces un poco de mentol y al menos ellos quedaban olvidados.

